

**CLAVELLINA – CAPÍTULO II – DE CRISTÓBAL DE
CASTRO GUTIÉRREZ**
TRADUZIDO POR ANDRÉA CESCO E ELYS REGINA ZILS

105

CLAVELLINA – CAPÍTULO II – DE CRISTÓBAL DE CASTRO GUTIÉRREZ

Traduzido por:

Andréa Cesco¹

Doutora em Literatura (UFSC)
Professora adjunta IV na Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC)
Florianópolis, Santa Catarina, Brasil
andrea.cesco@gmail.com

Elys Regina Zils²

Mestre em Estudos da Tradução (PGET/UFSC)
Florianópolis, Santa Catarina, Brasil
elysre@gmail.com

106

O presente texto é o segundo capítulo do romance *Clavellina* do escritor Cristóbal de Castro, publicada em 1927. *Clavellina* pode ser considerada uma novela costumbrista. Este gênero é uma das características da literatura espanhola, com destaque a partir do século XVII, em que se celebram os aspectos típicos da vida diária e regional. O romance apresenta costumes típicos de Andaluzia e a fala dos personagens traz o dialeto com uma fonética que tenciona reproduzir os andalucismos daquele povo. Cristóbal de Castro Gutiérrez, 1874-1953, é escritor e tradutor espanhol. Apesar de ter estudado Medicina e Direito, não exerceu tais atividades e dedicou-se exclusivamente à literatura e ao jornalismo em Madrid. Cultivou vários gêneros literários, destacando-se como romancista. Atuou ativamente na política chegando a exercer o cargo de governador Civil de Álava – província espanhola.

CLAVELLINA CAPÍTULO II – UNAS CARCAJADAS Y UN DURO	CRAVINA CAPÍTULO II – UMAS GARGALHADAS E UMA MOEDA
<p>Encaminándose a almorzar, Dionisio vió que venía hacia él Leoncio, el caminero, tan chiquitín, que casi desaparecía bajo la blusa al hombro, tan lento, que freía la sangre.</p> <p>En un impulso de su genio vivo, le gritó:</p> <p>-¡Haiga peal!... ¡Qué has de venir siempre pisando huevos!... ¡No corras de ese modo, que te desbocas!...</p>	<p>Indo almoçar, Dionísio viu que Leôncio, o andarilho, vinha em sua direção, tão pequeno que quase desaparecia debaixo da blusa sobre o ombro, tão lento que esgotava a paciência.</p> <p>Impulsivamente firme, gritou:</p> <p>-Rápido... Você precisa sempre vir como se estivesse pisando em óvulos!... Num corra assim, que te estropias!...</p>

Espoleado por los gritos, Leoncio aventuró un trotecillo. De la blusa fueron cayendo al suelo frascos y paquetes. Mientras los recogía, cachazudo, protestaba:

-¡Estás viendo pa lo que sirven las priesas! ¡Je, qué estropisio! El jabón por un lado, la pólvora por otro, los ansuelos por otro. ¡Pa esto es pa lo que sirven las priesas!... ¡Por vía San Juan Nepomuseno, hombre!...

El *Brasileiro* sentía por Leoncio ese afecto, entre simpatía y piedad, que inspiran la bonhomía y la simpleza. Pero, en determinados instantes, sentía también esos ramalazos de antipatía que los seres alegres producen en las almas tristes.

El caminero, escaso de cacumen, simplote, era lo que se llama un “viva la Virgen”. Reía a todas horas, sin ton ni son, con la “sancta simplicitas” del hombre bienaventurado, dilatando el semblante, acribillado de viruelas, en un tira y afloja de su boca sumida.

Ahora, ante Dionisio, manoteaba explicaciones con una presunción de tabarra. El *Brasileiro*, entre benigno e impaciente, contemplaba la desmedrada figurilla de gnomo, polvoriento, desharrapado, sujetos los calzones por una honda de pita. “¡Cabayeros!”... Y aquel escuerzo, lleno de miseria y trabajos, sonreía en plena felicidad...

El escuerzo iba entregándole los “mandaos”.

-La pólvora.

Atajó el gesto desconfiado de Dionisio, que miraba y remiraba el frasco.

-Poquitas patás, que no son boleras. No la había de El León y la truje de Las Tres Bes... Osté dirá: “¿Pa qué la trujiste de Las Tres Bes?” Andosté. Digamelosté... - suplicaba con una malicia pueril.

Estimulado pelos gritos, Leôncio arriscou um trote. Da blusa foram caindo frascos e pacotes no chão. Enquanto recolhia os objetos, pachorrento, protestou:

-Tá vendo pra que serve a pressa! Uai, que estropício! O sabão prum lado, a pólvora pro otro, os anzol pro otro. Pra isso que serve a pressa!... Por Deus, ômi!...

O *Brasileiro* sentia por Leôncio esse afeto, entre simpatia e piedade, que inspiram a cordialidade e a simplicidade. Mas, em determinados instantes, tinha também surtos de antipatia que os seres alegres produzem nas almas tristes.

O andarilho, escasso de vivacidade, simplório, era o que chamam de um desencanado. Ria a toda a hora, à toa, com a “*sancta simplicitas*”³ do homem afortunado, dilatando o semblante, crivado de pústulas, num estica e solta da boca sumida.

Agora, diante de Dionísio, gesticulava explicações com uma aborrecida presunção. O *Brasileiro*, entre calmo e impaciente, contemplava a raquíca figura de gnomo, empoeirado, maltrapilho, calção preso por uma corda.

“Cavaieros!”... E aquele magricela, cheio de miséria e desgraça, sorria em plena felicidade...

O langoroso começou a entregar a incumbência.

-A pólvora.

Interrompeu o gesto desconfiado de Dionísio, que olhava e reolhava o frasco.

-Poquinhas bolinhas que num são de bolão. Num tinha a d’O León i troxe a d’As três Bes... Ocê dirá: Pra qué troxestes a d’As três Bes? Me diga ocê... - suplicava com uma malícia pueril.

Aquellas pamplinas desconcertaban al *Brasileiro*. ¿Era posible, de verdad, tanta sandez? Aun sabiendo de sobra el resultado, accedió. ¡Ea!

-Bueno, te lo diré. ¿Pa qué la trujiste de Las Tres Bes? –dijo, como quien contenta a una criatura. Entonces, Leoncio, radiante, inefable por la picardiguela, replicó?

-¿Pa qué la truje de Las Tres Bes? ¿Porque no la había de El León! –Guiñó un ojo, añadiendo:- ¿Y ésa?

Viéndole reír que se tronchaba, Dionisio sintió el ramalazo. ¡Aquel idiota era feliz con estupidez semejante! Pobre, trabajando, ridículo y, por añadidura, tonto, asentábase en el pináculo de la felicidad humana. Tenía mujer, tenía hijos, tenía hogar, tenía el corazón en la mano y la risa en la boca. “¡Cabayeros!” ¿Qué falta le hacías, pues cortijos, ni huertas, ni puños, ni dineros, ni “pesquis”?... ¿Servía todo ello de algo?

Disimulando aquel vago rencor, injusto, pero irremediable, pretendió indagar el secreto de una felicidad tan fácil que se rendía a aquel escuerzo de hombre.

-Vamos a ver -le dijo-, ¿qué haces tú para estar siempre tan contento?

-Yóoo?

-Tú, sí; tú.

El caminero se rascaba la nuez. ¿Qué hacía? Meditó, parpadeó, ¡nada! De repente se le ocurrió decir sin intención, por decir algo:

-¿Y osté? ¿Qué jase osté pa estar siempre tan caviloso? ¡Zambomba!

Al principio se quedó de una pieza atribuyendo la pregunta a una malignidad estudiada. Pero viendo el semblante leal, los ojos cándidos, la naturalidad en todo el pobre hombre, se convenció de que había sido una pregunta casual, chiripera. No obstante, era de tal índole que él abrió surcos en el pensamiento y en el ánimo.

Aquelas besteiras desconcertavam o *Brasileiro*. Era possível, de verdade, tanta sandice? Mesmo sabendo muito bem o resultado, concordou. Eia!

-Bão, eu vo te dize. Pra que troxe a d’As três Bes? – disse, como quem contenta a uma criatura. Então, Leôncio, radiante, inefável pela malícia, replicou:

-Pra que troxe d’As três Bes? Porque não tinha a d’O Leão! – Piscou um olho, acrescentando: - E essa?

Ao vê-lo rir que se acabava, Dionísio sentiu uma pontada. Aquele idiota era feliz com tamanha estupidez! Pobre, trabalhando, ridículo e, além disso, tolo, situava-se no apogeu da felicidade humana. Tinha mulher, tinha filhos, tinha um lar, tinha o coração na mão e o riso na boca. “Cavaieros!” Que falta lhe fazia... fazendas, plantações, pretextos, dinheiro, inteligência...? Tudo isso servia para alguma coisa?

Dissimulando aquele vago rancor, injusto, mas inevitável, tentou indagar o segredo de uma felicidade tão fácil que se rendia àquele langoroso homem.

-Vamos ver - lhe disse -, o que você faz para estar sempre tão feliz?

-Ieuu?

-Tu, sim; tu.

O andarilho coçava o gogó. O que fazia? Pensou, piscou, nada! De repente, ocorreu-lhe dizer sem intenção, apenas para dizer algo:

- I ocê? Que faiz ocê para estar sempre tão pensativo? Caramba!

A princípio, ficou admirado atribuindo a pergunta a uma malícia pensada. Mas vendo o semblante leal, os olhos cândidos, a naturalidade em todo o pobre homem, se convenceu de que tinha sido uma pergunta casual, a esmo. No entanto, era de tal índole que abriu sulcos no pensamento e no ânimo. O que ele fazia para andar sempre tão

¿Qué hacía él para andar siempre tan caviloso? Una sola cosa: recordar... ¿Qué podría hacer para extinguir las cavilaciones? Una sola también: olvidar... Cortó sus reflexiones la bronca voz del caminero:

-La pastiya jabón d'olor. ¡Hum, qué gloria! ¡Guelas té, que es de contrabando! Mientras aspiraba, murmuró, como una consigna:

¡Olvidar!

El caminero lo tomó por reproche. ¿Olvidar él? Pues bueno era. Él no olvidaba lo que se dice ni un cadejo de hilo. Y asiendo la ocasión por los cabellos, lió la tarara otra vez.

-¡Olvidar!... Pero ¿ande hay mejor mandaero que yo? ¡Ni el corsario e Rute! ¡Como que me conojo toas las tiendas del pueblo mejor que mi casa! Con los ojos vendaos entro yo en ca Velásquez, en la botica nueva, en la zapatería e Porras, en el estanco de la seña Damiana.

Abrió un paréntesis deleitoso, como el ebrio que interrumpe los trinqués para recrearse mirando el vaso a la luz. Alargó al *Brasileiro* una cajita:

-Tengas té... ¡Los ansuelos!... Y sigo mi retrónica de las tiendas pa que convensas té. Algunas veses ayego a la confitería y no hay naiden. Osté dirá: “Emprensipiarás a decir: “Espachar! ¡Que tengo priesa!” Andos té. Didamelos té - tornaba a suplicar, blanducho, en un segundo ataque de puerilidad maliciosa.

Diosinio, que examinaba los anzuelos con atención, suspendió la faena. ¿Otra vez? Pero aquello era una enfermedad.

-Andos té... Dígamelos té... - pordioseaba el caminero.

Era, efectivamente, la súplica del enfermo pidiendo agua en plena fiebre, del alcohólico clamando por el vino. ¿Qué hacía? ¿Dárselo o negárselo? Entre

pensativo? Apenas una coisa: recordar... O que poderia ser feito para acabar com essas cismas? Só uma também: esquecer... A rouca voz do andarilho cortou suas reflexões:

U sabonete perfumado. Hum, que glória! Aquele chá, qui é de muamba! Enquanto suspirava, murmurou, como um lema?

-Isquecê!

O andarilho entendeu como censura. Esquecer, ele? Até que era bom. Ele não esquecia o que se diz, nem um fio emaranhado. E aproveitando a ocasião dos cabelos, recomeçou a loucura.

-Isquecê!... Mais, onde tem mió mascate que eu? Nem o pirata nem Rute! Que eu conheço todas as lojas do povoado mió que minha casa! Co'zólho vendado eu entro na Velásquez, na botica nova, na sapataria e no Martelo, e na tabacaria da sinhá Damiana.

Abriu um deleitoso parêntese, como o ebrio que interrompe os drinques para divertir-se olhando o copo na luz. Estendeu ao *Brasileiro* uma caixinha:

-Aí tá... os anzol!... I sigo minha rentórica dos armazém pra que convença tu. Algumas vêiz chego na confeitaria i num tem nada. Ocê dirá: “Principianrás a dizer: Despachar, que tenho pressa!”. Andai tu. Dizei-o tu. Tornava a suplicar, suavemente, num segundo ataque de puerilidad maliciosa.

Dionísio, que atentamente examinava os anzóis, suspendeu a labuta. Outra vez? Mas aquilo era uma doença.

- Andai tu... Dizei-o tu... – esmolava o andarilho.

Era, de fato, a súplica do paciente pedindo água em plena fiebre, do alcohólico clamando pelo vinho. O que estava fazendo? Dar-lhe ou negar-lhe? Entre compassivo e irritado,

compasivo e irritado, decidió lo primero. Después de todo, ¿Qué adelantaba con negárselo?

-Bueno, hombre. Emprensipiarás a decir: “¿Quién despacha? ¡Que tengo priesa!”

-Pos no, jeñol... Levanto la tapa el mostraor ¡y me espacho yo mesmo! ¿Y ésa...?

Volvió a tronchase en las habituales risotadas de sano júbilo, que tanto impresionaban y desconcertaban al *Brasileiro*. Era evidente que aquel hombre experimentaba un hondo y refinado placer con tan necias majaderías. Y era no menos evidente que en aquellas majaderías no tenían arte ni parte los que suponemos talismanes de la felicidad: ni mujer, ni el dinero, ni el amor. Arrugó la boca en un suspiro de honda síntesis: “¡Cabayeros!” Vagamente se vió a las puertas del presidio de sus cavilaciones, libre de grillos de tristeza, como aquella inolvidable mañana se vió en Pará, a las puertas del presidio de Belén, libre del grillete de hierro.

La cuestión estaba resuelta allí, delante de sus ojos, en los barquinazos de risa de aquel escuerzo de hombre, que gozaba visiblemente la felicidad sin intervención de la mujer, ni del dinero, ni del amor. Y él había sido tan imbécil que nunca concibiera la dicha sin el conjuro de tan preciosos talismanes... ¡Ah, pues de ahora en adelante se vería!...

Entonces, emulando al caminero, comenzó a reír, con mayor escándalo aún que él. Parecía un *duetto* de caricato y tenor cómico. Pero duró breves instantes. Súbitamente se trocaron los papeles. El caminero, que al principio se consideró triunfador, puesto que Dionisio le imitaba y reía con él, viendo reír tan nerviosamente a Dionisio, se amedrentó, cesando es sus

decidiu o primeiro. Depois de tudo, o que adiantaria negar-lhe?

- Bom, ómi. Principianrás a dizer: “Quem despacha, porque tenho présa!”

-Pois não, senhô... Levanto a tampa do balcão i espacho eu mesmo! I essa?...

Rompeu novamente com as habituais gargalhadas de júbilo sadio, que tanto impresionavam e desconcertavam ao *Brasileiro*. Era evidente que aquele homem experimentava um profundo e refinado prazer com tolices tão néscias. E era não menos evidente que naquelas tolices não continham arte nem parte do que acreditamos ser os talismãs da felicidade: nem mulher, nem dinheiro, nem o amor. Franziu a boca num suspiro de profunda síntese: “Cavaieros!” Vagamente se viu às portas do presídio de suas cismas, livre das algemas da tristeza, como aquela inesquecível manhã se viu no Pará, às portas do presídio de Belém, livre das correntes de ferro.

A questão estava resolvida ali, diante de seus olhos, nos solavancos de riso daquele langoroso homem, que visivelmente gozava da felicidade sem intervenção da mulher, nem do dinheiro, nem do amor. E ele foi tão tolo que nunca concebeu a felicidade sem o conjuro dos mais preciosos talismãs... Ah, de agora em diante seria diferente!...

Então, imitando o andarilho, começou a rir, ainda mais escandalosamente que ele. Parecia um *duetto* de caricato e tenor cômico. Mas durou breves instantes. Subitamente os papeis foram trocados. O andarilho, que a princípio se considerou triunfador, uma vez que Dionísio lhe imitava e ria com ele, vendo Dionísio rir tão nervosamente, ficou amedrontado cessando

<p>carcajadas. Y Dionisio, viendo que el caminero dejaba de reír, precisamente cuando él se lanzaba a ello, envalentonóse de modo que, agrandando las risotadas, quedó por dueño del cotarro.</p> <p>El caminero le miraba de hito en hito, receloso, escamado, temiendo una desaborición:</p> <p>-Pero ¿qué l'ha dao até pa tantísimo reír? Señores..., si se pone florío.</p> <p>Dionisio protestaba irónico:</p> <p>-¿Es que aquí nadie tiene derecho a la risa más que tú? ¿Nadie puede ser más feliz que tú? Pues los demás somos hijos de Dios... Que te conste.</p> <p>Quiso decir muchas más cosas, pero no tenía palabras, ni costumbres. Mas, sintiendo el corazón en fiesta, por haber descubierto que la felicidad podía existir sin la mujer y sin el amor, echó mano al bolsillo y le dio un duro al caminero.</p> <p>Volteando en la palma de la mano el duro, preguntó, intrigado, Leoncio:</p> <p>-Esto ¿pá qué?</p> <p>-¿Pa qué? ¡Pa ti!- dictaminó el <i>Brasileiro</i>, esponjándose-. Y no me mires sorprendido... ¿O es que crees que el haberme reído como me he reído no vale un duro y mucho más? Corre a comprarle dulce a tu mujer y a tus chiquillos. Y despáchatelo tú mismo.</p> <p>Leoncio echó a andar hacia su casa, volteando el duro en la palma de la mano, mientras murmuraba entre dientes:</p> <p>-Está más loco que una cabra.</p>	<p>suas gargalhadas. E Dionísio, vendo que o andarilho parava de rir, justamente quando ele se lançava a isso, encorajou-se, de modo que, engrandecendo as gargalhadas, ficou como dono da espelunca.</p> <p>O andarilho lhe observava fixamente, receoso, cismado, temendo um desgosto:</p> <p>-Mais... que deu n'ocê pra rir tanto? Senhores..., ta todo florido.</p> <p>Dionísio protestava irônico:</p> <p>-Aqui ninguém tem direito de rir mais que tu? Ninguém pode ser mais feliz que tu? Pois fique sabendo que todos somos filhos de Deus....</p> <p>Quis dizer muitas outras coisas, mas não tinha palavras, nem o hábito. Porém, sentindo o coração em festa, por ter descoberto que a felicidade podia existir sem mulher e sem amor, colocou a mão no bolso e deu uma moeda ao andarilho.</p> <p>Girando a moeda na palma da mão, Leôncio perguntou intrigado:</p> <p>-Issu pra quê?</p> <p>-Pra quê? Pra ti! – falou o <i>Brasileiro</i>, vangloriando-se. E não me olhes admirado... Ou achas que ter rido como eu ri não vale uma moeda ou até muito mais? Corra pra comprar doce pra tua mulher e tuas crianças. E resolve isso tu mesmo.</p> <p>Leôncio começou a andar para casa, girando a moeda na palma da mão, enquanto murmurava entre os dentes:</p> <p>-Tá loco de pedra.</p>
--	---

REFERÊNCIA BIBLIOGRÁFICA:

CASTRO, Cristobal de. Clavellina, capítulo segundo, in *Novelas Escogidas*. Madrid: Aguilar, 1960. pp. 287-294.

¹ Lattes Andréa Cesco. Disponível em: <http://lattes.cnpq.br/6339643703057257>.

² Lattes Elys Regina Zils. Disponível em: <http://lattes.cnpq.br/6881688364149666>.

³ Santa ingenuidade.

RECEBIDO EM: 10 de dezembro de 2015

ACEITO EM: 18 de dezembro de 2015